

Y el yelmo de Mambrino se hallaba en la Nueva España

Julio César Morán Álvarez*

Irreverencia es la palabra que inmediatamente asaltó mi conciencia una vez que intenté iniciar la aventura de relacionar la conquista de las Indias, entre ellas una de sus joyas más preciada, la Nueva España, con la obra monumental que algún tiempo después escribió don Miguel de Cervantes Saavedra.

Hacía ya muchos años que su lectura, bañada con el elixir de la vida de su entrañable caballero don Quijote de la Mancha, se había convertido en el ideal humano que, como modelo, mi padre me enseñó a venerar. La necesidad de sumergirme entre sus páginas, entre sus locuras y razones, cuando el desencanto y la flaqueza de la realidad mundana arruinaban mis ensueños, me permitieron seguir confiando en la utopía que vencería al fin los intereses nada caballerescos de nuestros siglos y de la historia humana.

Irreverencia he dicho, irreverente me siento al hablar sobre un personaje que, perdonen el desatino, ha sobrepasado, desde mi propio entender, a su autor, y que ha alcanzado en muchos de nosotros a vivir independiente de él. Irreverente me siento al tratar de opinar sobre lo que sesudos ensayos y eruditos trabajos, de los más insignes autores y famosos tratadistas han hablado. ¿Quién no se empequeñece cuando en el catálogo de verdaderos monstruos de la literatura, de la filosofía, de la historia, del arte, en todos sus menesteres, se hallan centenares de obras que han intentado captar, enseñar, explicar, comprender y hasta endiosar al *Caballero de la Triste Figura*? ¿Quién no se achica ante el altar compuesto por los Saint Hillary (véanse Menéndez, 1952; De Riquer, 1971; Alarcón, 2002), Lord Byron, Gautier, Hegel, Lockhart, Schelling, Víctor Hugo, Gubernatis, Lacroix, Turgenev, Heine, Menéndez Pelayo, Valera, Azorín, Américo Castro, Dámaso Alonso, Riquer, Menéndez Pidal, Reyes, Unamuno? ¿Para qué seguir? La lista se volvería una nómina de la inteligencia, pues, como dice Juan Alarcón: “Pocos estudiosos han resistido la tentación de echar su cuarto de espadas en torno a Cervantes y a su obra” (Alarcón, 2002: 10).

Quede como ejemplo que en pocas naciones de los cinco continentes se han olvidado de traducir y editar esta obra. Recuerdo aún la visita que realicé a la casa de uno de estos cervantistas, locamente enamorado del Quijote, don Manuel Alcalá, embajador por aquel entonces de México en Finlandia. Humanista e intelectual mexicano, de los muchos a los que falta una mayor justipreciación. Me invitó a pasar a su biblioteca, lugar de retiro y meditación, dedicada especialmente a don Quijote de la Mancha. Arte y libros, estudios y ediciones, consagrados todos ellos a la obra inmortal cervantina. Había Quijotes de todos colores, tantos como razas

* Facultad de Estudios Superiores, Acatlán, UNAM.

y culturas humanas. De todos ellos recuerdo aún el japonés, donde *el Caballero de la Triste Figura* o *Caballero de los Leones* se había transformado en un caballero samurái. Alarcón (2002: 9) informa que sólo en el siglo XIX se imprimieron 604 Quijotes en el mundo.

Pues he aquí mi irreverencia, mi cuarto de espadas, no de literato, no de filósofo, simplemente de un historiador movido, como todos los mortales, por la riqueza de esta obra cervantina.

Como bien señala Ramón Menéndez Pidal, aun en contra de las opiniones de Lord Byron y de Gautier, el objetivo que persiguió *el Manco de Lepanto* al escribir el Quijote no fue el de criticar todo el género literario de los libros de caballerías, sino sólo la “caballería anárquica y aventurera de los caballeros andantes, que yerran por el mundo de sus fantasías”. Cervantes “sabe perfectamente”, nos dice Menéndez Pidal, “que la caballería épica es grande y noble”, ya que está al “servicio de la cristiandad y del imperio carolingio, o al servicio de los reinos hispanos de la Reconquista” (Menéndez, 1952: 12-13). Varios pasajes, por medio de las aventuras de don Quijote, demuestran en la voz del cura, del bachiller, del canónigo, del hombre del verde gabán y demás personajes que participan como hombres cuerdos y de notables entendederas, la diferencia de opinión que Cervantes sostiene entre la caballería fantástica y aventurera de la caballería épica y cristiana. El propio Quijote, cuando se manifiesta más cuerdo o con menos desvaríos, reconoce la obra del *Gran Capitán*, de Fernán González, de Rodrigo Díaz de Vivar, de Diego García de Paredes, de Fernando de Guevara y de muchos otros caballeros históricamente reales. Martín de Riquer abunda al respecto, y nos señala que no debemos caer

[...] en el error de creer que Cervantes en el Quijote satiriza la caballería, se burla de ella y la desprecia. Lo que hace es centrarla en su realidad y apartar, con la parodia, la ironía y el sarcasmo, la caballería literaria, en el fondo extranjerizante, que con la desbordante y fabulosa exageración tendía a empequeñecer y minimizar el heroísmo auténtico.

Por este motivo afirma Riquer que el Quijote es “la sátira contra la caballería literaria y novelesca, que a los ojos de los *ingenuos, los ignorantes o los soñadores* podía empañar la gloria de la caballería real, que había caracterizado a España desde Fernán González hasta el Gran Capitán” (De Riquer, “Introducción” a M. de Cervantes Saavedra, 1973).



Ingenuos, ignorantes y soñadores son los engañados por la caballería novelesca según Riquer. ¿Dónde, en esta tríada, debemos colocar a quienes en el Nuevo Mundo buscaron afanosamente lo que los Amadis, Florianes, Palmerines y tantos otros caballeros encontraron en un mundo fantástico medieval? ¿Dónde situar al gran *Almirante de las Indias* Cristóbal Colón o a su hermano, *el Adelantado* Bartolomé? ¿Dónde a Pizarro y a Orellana, y aun a los banqueros alemanes de la casa Welsers, por medio de sus exploradores Dalfinger, Seller y Federmann en Venezuela? (Lummis, 1945: 164-165). ¿De ingenuos, ignorantes y soñadores debemos de calificar a Diego Velázquez y Hernán Cortés, a fray Marcos de Niza, Ponce de León y Álvaro Núñez Cabeza de Vaca?

Todos ellos son sólo unos cuantos ejemplos de muchísimos más, algunos tan célebres como ellos, y de otros, la inmensa mayoría, que viajan siempre anónimos en la historia, a pesar de que, como aquéllos, fueron también los hacedores de la conquista, exploración y colonización de las Indias del Nuevo Mundo.

Fray Toribio de Benavente, el amado Motolinía de los indios, nos habla de estos millares de seres anónimos que desde la vieja España se embarcan con el fardo cultural, con la pesada carga no sólo del espejo de las caballerías, sino de la tradición fantástica y fabulosa medieval, recogida de autores tan serios como san Isidoro de Sevilla, Pierre D'Ailly y Hartman Schedel (*apud* Bolea, 1972: 102), o geógrafos contemporáneos como Olaus Magnus y Sebastián Münster, sólo por citar algunos. Los primeros nos dan un catálogo de monstruos terrestres que pueblan las regiones desconocidas de la Tierra. Aparecen los gigantes “cíclopes” y los “cinocéfalos”, hombres con cabeza de perro, en las *Etimologías* de san Isidoro, acompañados de los hombres sin narices o



de los que tienen un labio tan grande que con él se tapan del sol; el “panocio”, con orejas tan grandes que se envuelve el cuerpo con ellas; los “sátiros”, con su cuerno en la frente y sus piernas de chivo, o los “blemnias”, hombres sin cabeza cuyos ojos y boca se hallan en el pecho (*ibidem*: 280-281). De los antípodas nos habla D’Ailly, que sin darles ese nombre, como lo hace Isidoro, cuenta de ellos que tienen los pies hacia atrás; también de los “macrobios”, que miden 12 codos de altura; de los hombres que nacen blancos y en la vejez se vuelven negros; de aquellos que tienen un solo pie extremadamente grande y que son tan rápidos como el viento; de los bárbaros que matan a los padres viejos y se los comen y de aquellos otros que devoran pescado crudo y beben agua salada del mar (*ibidem*: 64-267).¹

Los geógrafos pueblan los mares de monstruos que devoran embarcaciones humanas, que con sus largos cuerpos destrozan carabelas y galeones,² inmensas langostas que atenazan hombres, unicornios marinos, gigantescos peces voladores y una especie de cerdos gigantes escamosos (Bolea, 1972: 81).

Con esta carga fantástica, nos dice Motolinía que

[...] cuando los españoles se embarcan para venir a esta tierra, a unos les dicen, a otros se les antoja, que van a la isla de Ofir, de donde el rey Salomón llevó el oro muy fino, y que allí se hacen ricos cuantos a ella van; otros piensan que van a la isla de Tarsis, o al gran Zumpango,³ a do por todas partes es tanto el oro, que lo cogen a

haldadas;⁴ otros dicen que van en demanda de las Siete Ciudades, que son tan grandes y tan ricas, que todos han de ser señores de la salva (De Benavente, 1989: 398).

Pero no sólo los anónimos soldados y colonos, a los que podríamos ubicar como ignorantes, según la clasificación de Riquer, son los engañados por estas fantasías medievales. Como no podemos achacar de ingenuo a Cristóbal Colón, lo colocaremos en la calidad de los ilusos, cuando al navegar “aguas arriba del caudaloso Orinoco”, en su afán de encontrar el paso que lo llevara a entrevistarse con el gran Khan, confundió por su belleza y feracidad esta región con el Edén o Paraíso Perdido (Ortega y Medina, 1987: 14). Francisco López de Gómara (1985: 74) nos informa que, al igual que Colón, Lucas Vázquez de Ayllón creyó haber topado con el río Jordán al descubrir el río Chicoria en el cabo de Santa Elena. Bartolomé, hermano de Cristóbal Colón, discutió varias veces con el Almirante la posibilidad de que la isla de la Concepción, riquísima en oro, fuera el antiguo Ofir, ya que al recorrer las márgenes del río Hayna descubrió “en el suelo muchas excavaciones hechas a manera de pozos, que parecía indicar que aquellas minas habían sido explotadas”. Nos informa José María del Valle (1946: 87) que don “Bartolomé dejó su imaginación correr libremente en pos de las más bellas y quiméricas ilusiones”, y llegó a la conclusión de que las minas que acababa de descubrir “serían las mismas que proporcionaron al rey Salomón el oro con el que edificó el templo de Jerusalén”. Antes, don Bartolomé Colón, situado en Santo Domingo, había escuchado la descripción de la “deliciosa región de Jaragua, donde algunas tradiciones indias fijaban los Campos Elíseos” (*ibidem*: 42).

Sobre Ofir, fray Bartolomé de las Casas (1981: 488) nos dice que en las Indias esta isla recibía también el nombre de tierra de “oro o dorada, porque tiene los montes de oro”, pero que estaba llena de “monstruos, grifos y bestias venenosísimas”. Nos informa, además, que el Almirante creía, a diferencia de su hermano, que aquella “isla de Ophir o monte de Sopora [...] ser aquesta isla Española”. De los Campos Elíseos, soñados por don Bartolomé Colón, nos dice De las Casas que era el lugar donde iban las ánimas de los bienaventurados y que allí siempre era verano; menciona que las Canarias fueron confundidas con los Campos Elíseos, sin señalar que Bartolomé Colón la situó en las Indias (*ibidem*: 114-116).

De las Antillas y demás islas del golfo de México los informes de los indígenas sobre la existencia de tierras maravillosas y riquísimas llevaron al mal aventurado y esforzado

¹ Afirma Boorstin (1986: 231) que Colón se documentó en el *ImagoMundi* de este autor para realizar finalmente su viaje.

² Carta marina de Olaus Magnus, en Bolea (1972: 83).

³ Por el Cipango que buscaba Cristóbal Colón, es decir, Japón.

⁴ Una especie de sacas grandes.

capitán Juan Ponce de León a escuchar el relato de un indio de Borinquen, hoy Puerto Rico, que afirmaba que había “una tierra grande y rica, llamada Bimini, isla o tierra firme, donde estaba la maravillosa fuente, cuyas aguas rejuvenecían a los hombres” (Muñoz, 1965: 22). Este mito, según el conde de Canilleros, era una “vieja fábula tradicional de los lucayos [que] llegó a creerse ciegamente y fue móvil de muchas expediciones” (*idem*). La primera de ellas fue la de Ponce, quien se dirigió a conquistar la Florida: “Tierra de las flores, atraído por el fantástico mito de una fuente de perenne juventud, tan sólo para ser víctima de los indios que la habitaban” (Lummis, 1945: 86).

Es probable que la expedición de Pánfilo de Narváez a la Florida, en 1536, fuera también motivada por la leyenda de la Fuente de la Eterna Juventud. Resultado de esta desastrosa aventura sólo fue la supervivencia de tres exploradores: el negro Estebanico, Andrés Dorantes y Álvar Núñez Cabeza de Vaca. Este último describió los avatares y sufrimientos por los que pasaron hasta llegar a Culiacán y reseña con detalle las tierras que recorrieron él y sus compañeros en su obra *Naufragios* (Cabeza de Vaca, 1946). Los informes del negro Estebanico, no desmentidos por sus compañeros, y a decir de José Bolea reafirmados por el propio Cabeza de Vaca (Bolea, 1972: 63), llevaron a fray Marcos de Niza, superior de la Provincia Franciscana del Santo Evangelio, a organizar una expedición para descubrir las Siete Ciudades de Cibola (López de Gómara, 1985: 298). Reunió a 300 españoles y a 800 indios, y acompañado por Esteban como guía salió de Culiacán con rumbo al descubrimiento no sólo de las Siete Ciudades, sino también de Quivira (Bolea, 1972: 64). Es preciso resaltar que fray Marcos podría situarse en el orden propuesto por Riquer de los ingenuos, y sus compañeros en el de los ignorantes e ilusos.

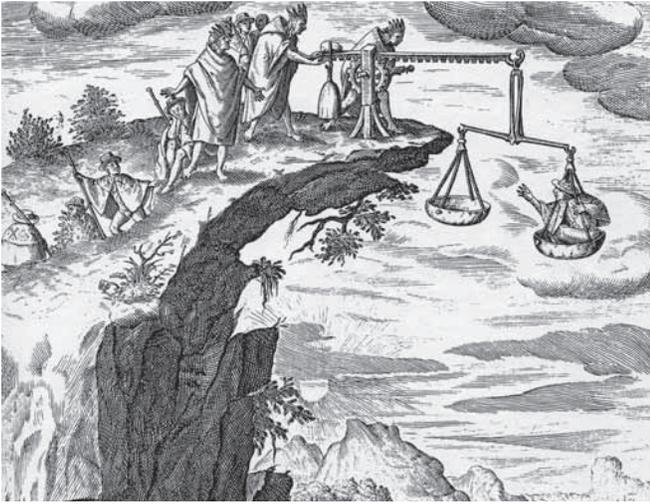
Años antes, Nuño de Guzmán, por aquel entonces gobernador de Nueva Galicia, escuchó asombrado el relato de “un indio llamado Tejo, cuyo padre ejerciera el comercio con las que ya entonces se conocían como las Siete Ciudades, las describía como lugares de singular riqueza, cada una casi tan grande como México, y afirmaba que en todas ellas había una calle habitada por artesanos que trabajaban la plata” (*ibidem*: 63). Sobre Quivira se oía que era una ciudad muy opulenta, con casas de siete pisos y llena de riquísimos metales y piedras preciosas (*ibidem*: 66).

Sobre estos lugares, el bien documentado De las Casas (1981: 67-68) nos informa que en las cartas de marear antiguas aparecía la isla de las Siete Ciudades, “cuya fama y



apetito aún ha llegado hasta nosotros, y en muchos ha hecho por su codicia desvariar y gastar muchos dineros sin provecho y con grandes daños, como placiendo a Dios”. No sabemos lo que encontró en realidad fray Marcos de Niza, pero al regreso de su viaje, según Francisco López de Gómara (1985: 298), relató maravillas de las “Siete Ciudades de Sibola, y que no tenía fin aquella tierra y que cuanto más al poniente se extendía, tanto más poblada y rica de oro, turquesas y ganados de lana era”. La relación de fray Marcos llamó la atención de don Antonio de Mendoza, quien nombró como capitán a Francisco Vázquez de Coronado para que organizara una nueva expedición (Díaz del Castillo, 1976: 538, 550), con el fin de conquistar las Siete Ciudades de Cibola y de Quivira, que en el informe de fray Marcos era toda de puro oro (Lummis, 1945: 92). En 1541 Coronado llegó a Cibola. Lo que encontró allí lo resume con exactitud López de Gómara (1985: 298) con las siguientes palabras: “Las riquezas de su reino es no tener que comer ni que vestir”. A pesar del fracaso, siguió adelante impulsado por los informes de los indios sobre Quivira, ciudad “donde había un rey llamado por nombre Tatarax, barbudo, canoso y rico, que ceñía un bracamante, que rezaba cada siete horas y que adoraba una cruz de oro y una imagen de mujer, señora del cielo” (*ibidem*: 299). López de Gómara nos informa que Coronado al fin llegó a Quivira y halló “al Tatarax que buscaba, hombre ya canoso, desnudo y con una joya de cobre al cuello que era toda su riqueza” (*ibidem*: 300). La aventura sólo logró resultados geográficos: se descubrió el cañón del Colorado.

La gesta cortesiana no quedó exenta de estas leyendas y mitos, algunos antiguos y otros emanados directamente de la fantasía caballeresca. En las “Instrucciones” que Diego Velázquez remitió a Hernán Cortés desde Santiago



de Cuba el 23 de octubre de 1518, encontramos que, en la disposición 26, Velázquez le ordena que por medio de intérpretes “os podáis informar de otras islas y tierras y de la manera y nulidad de la gente della; e porque diz que hay gentes de orejas grandes y anchas y otras que tienen las caras como perros, y ansí mismo dónde y a que parte están las amazonas, que dicen estos indios que con vos lleváis, que están cerca de allí” (Martínez, 1993: 56). De inmediato San Isidoro y D’Ailly aparecen en escena, pero también el famosísimo Amadís de Gaula, mejor dicho, su hijo Esplandián, de quien “se contaba su visita a una isla ‘a la diestra mano de las Indias’, donde amazonas negras, adornadas con perlas y oro, eran gobernadas por la reina llamada Calafia” (Mathes, 1973: 14).⁵ Ignacio del Río (1985) señala que esta isla, según *Las sergas de Esplandián*, se llamaba California y que se situaba, además, muy cerca del Paraíso Terrenal. José Bolea (1972: 8-9) abunda en la descripción de estas amazonas:

Eran bellas y bien formadas, físicamente fuertes y de probado valor e intrepidez [...] se gobernaban a sí mismas [...] sus armaduras [eran] de oro finísimo, por no existir en sus dominios ningún otro metal. Utilizaban solamente al varón para ser fecundadas [...] y aun lo aniquilaban, cuando estaban seguras de su preñez.

¿Qué tanto creyó Cortés al iluso Diego Velázquez? No fue hasta que, pacificada la Nueva España, el conquistador extremeño dio noticias sobre este asunto, primero en su Cuar-

⁵ Fue tan fuerte la influencia de *Las sergas de Esplandián*, que Ignacio del Río, al escribir la historia del descubrimiento y conquista de California, tituló su libro *A la diestra mano de las Indias* (México, Gobierno del Estado de Baja California Sur, 1985).

ta Carta de Relación, dirigida a Carlos V; en ella le dice que le informaron señores naturales del Nuevo Mundo que en la provincia de Ciquatan⁶ hay

[...] una isla toda poblada de mujeres, sin varón ninguno, y que en ciertos tiempos van de la tierra firme hombres, con los cuales han acceso, y las que quedan preñadas, si paren mujeres las guardan, y si hombres los echan de su compañía; y que esta isla está diez jornadas de esta provincia, y que muchos dellos han ido allá y la han visto. Dícenme asimismo que es muy grande de perlas y oro; yo trabajaré, en teniendo aparejo, de saber la verdad y hacer dello larga relación a Vuestra Majestad (Cortés, 1974: 18).

Con la suerte de espaldas, Cortés apareja naves e inicia sus expediciones hacia la Mar del Sur. En 1524 ordena a Francisco Cortés, como su lugarteniente, que explore la costa debajo de Colima, ya que le informaron que “hay muchas provincias muy pobladas de gente, donde se sabe que hay muchas riquezas; y que en cierta parte della hay una isleta poblada de mujeres, sin ningún varón, las cuales diz que tienen en la generación aquella manera que en las historias antiguas se escribe que tenían las Amazonas”.⁷

El fruto de ésta y las subsiguientes expediciones de Cortés por la Mar del Sur fue el descubrimiento de California, a la cual nunca llamó así. El origen de este nombre ha sido muy discutido. Clavijero (1975: 10) supone que Cortés, por ser latino, lo llamaría “*Callida fornax*, a causa del mucho calor que allí sintió”. Si Cortés no anduvo construyendo nombres clásicos para bautizar los incontables reinos, regiones, pueblos que descubrió, es poco probable la suposición de nuestro entrañable jesuita. Es más seguro, siguiendo a Michael Mathes, creer que la influencia de las novelas de caballerías hizo que estas tierras adoptaran tal nombre. La obra de Garcí Ordóñez de Montalvo, *Las sergas de Esplandián*, quien recoge el nombre de California como la isla de la reina Calafia, habrá sido definitiva entre todos aquellos soldados y marineros que soñaban con las gestas del hijo de Amadís, al cual habrían leído no sólo en la península Ibérica, sino aun en la Nueva España. Hay que tomar en cuenta dos hechos significativos: primero, durante mucho

⁶ En náhuatl, esta palabra se escribiría “Cihuatlan”, que significa “Ciudad de Mujeres”. Probablemente este topónimo sea el origen de la relación dada por los señores naturales de esta tierra a la que hace referencia Cortés.

⁷ “Instrucción civil y militar de Hernán Cortés a Francisco Cortés para la expedición de la costa de Colima”, en Martínez (1993: 311-312).

tiempo se pensó que la península de California era una isla⁸ y, segundo, que en 1510 Jacobo Cromberger, impresor en Sevilla, publicó una “gran edición de las *Sergas* y obtuvo derechos para la venta de la obra en América” (Mathes, 1973: 14).⁹ De moda estuvo, entonces, buscar a las Amazonas, y su influencia sembró todo el Nuevo Mundo. Aunque no es objeto de este ensayo, sólo hay que recordar cómo Orellana, al descubrir el río más grande del mundo, lo llamó “Amazonas”, con lo que permitió que su nombre fuera su-plantado por su fantasía (Bolea, 1972: 10).

La influencia de la andante caballería en la Nueva España aparece de manera constante, pues estas tierras en-cerraban la posibilidad de la existencia de todas las fantasías, mitos y leyendas que los sueños del Viejo Mundo habían creado como quimera popular. El propio Bernal Díaz del Castillo (1976: 159), tan cauto en sus juicios y escéptico en cuestiones de milagros y fantasías, que narra con seguridad sólo lo que ve, al entrar en Iztapalapa relata

[...] que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel como iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro del agua [...] y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían si era entre sueños, y no es de maravillar que yo escriba aquí de esta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no se como lo cuente: ver cosas nunca oídas, ni aun soñadas, como veíamos.

América fue el terreno fértil en la búsqueda de los viejos sueños occidentales. Aquí todo era posible. Desde encontrar la fuente de la eterna juventud hasta hallar a las valientes amazonas. En estas tierras el oscuro y miserable aventurero podría transformarse en adelantado, marqués o por lo menos en ricohombre. Éstos han sido sólo algunos ejemplos enmarcados en la gesta belicosa de la conquista y exploración, pero en las letras y en la religión se buscó lo mismo. La Edad de Oro de las *Saturnales* de Luciano de Samosata (1966), la creación de una Nueva Iglesia a ejemplo de la Iglesia Primitiva, la creencia en el Buen Salvaje, fueron

⁸ Véase los mapas que Bolea (1972) insertó en su obra, en los que la península de California se presenta como isla.

⁹ Bolea (1972: 38) afirma que no sólo por medio de Esplandián los colonos españoles se enteraron de la existencia de California, ya que también se halla en la *Canción de Rolando*.



campo propicio de la *Utopía* de Tomás Moro. Frailes, virreyes y literatos,¹⁰ a su manera cada uno, intentaron hacer el sueño realidad.¹¹

¿Y el yelmo de Mambrino? Es solamente el símbolo quiijotesco por excelencia, después de los molinos de viento, para criticar a la andante caballería. Es la parodia perfecta de la sinrazón del caballero fantástico, una sinrazón que aún en el Nuevo Mundo se creyó ver. Si no se cree, escuchen la siguiente relación de Fidalgo de Elvas (1952: 56-57), cronista de la expedición de Hernando de Soto a la Florida: los indios le dijeron a Soto que “para el Poniente había una provincia, que El Cale se llamaba, y que con la gente de aquella tierra tenían guerra otros [...] donde había mucho oro, y que cuando aquéllos venían a dar guerra a los de El Cale, traían de oro sus sombreros, a manera de celadas”. Si bien no eran mágicas, como el yelmo del rey moro vencido por Reinaldos,¹² eran tan verdaderos como la bacía de barbero que don Quijote confundió con la de Mambrino.

Si bien el oro movió al conquistador, la religión, los sueños y la fama fueron otros tantos motivadores de la gesta indiana. La fama es reconocida por el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, quien coloca en la verdadera caballería mencionada por Menéndez Pidal y Riquer al conquistador de México:

¹⁰ Sirva como ejemplo la obra de Bernardo de Balbuena, que en *Grandeza mexicana* incluye “De el Bernardo o victoria de Roncesvalles, en la que cita a magos, personajes míticos, al rey Arthur y hasta a la hada Morgana, con el fin de asimilar sus gestas con las novohispanas”.

¹¹ Son incontables los rastros de estos trabajos en la Nueva España. Véanse Ricard (1986); Bataillon (1982); Gallegos (1974), y Morán (1990).

¹² Joaquín Bastús y Antonio Maldonado Ruiz explican, en nota de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (vol. 1, p. 531), que la relación del yelmo de Mambrino aparece en la obra *Orlando enamorado*, de Mateo Boyardo.

¿Quién barrenó los navíos –se pregunta don Quijote– y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo? Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premios y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos, católicos y andantes caballeros más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros [...] que a la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza (Cervantes, 1973).



Bibliografía

- Alocón, Juan, "Introducción", en Miguel de Cervantes Saavedra, *Don Quijote de la Mancha*, 2 vols., Barcelona, Sol 90 (Biblioteca de Literatura Universal, 1), 2002.
- Bastús, Joaquín y Antonio Maldonado Ruiz, "Nota", en Miguel de Cervantes Saavedra, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, vol. I, Barcelona, Labor, 1973.
- Bataillon, Marcel, *Erasmus y España*, México, FCE, 1982.
- Benavente, fray Toribio de, *El libro perdido*, Edmundo O'Gorman (dir.), México, Conaculta, 1989.
- Bolea, José, *Viento del noroeste. Navegantes y descubridores*, México, Oasis, 1972.
- Boorstin, Daniel J., *Los descubridores*, Barcelona, Crítica, 1986.
- Cabeza de Vaca, Alvar Núñez, *Naufragios y comentarios*, Buenos Aires, Espasa Calpe (Austral), 1946.
- Casas, fray Bartolomé de las, *Historia de las Indias*, México, FCE, 1981.
- Clavijero, Francisco Xavier, *Historia de la Antigua o Baja California*, México, Porrúa (Sepan Cuántos..., 143), 1975.
- Cortés, Hernán, *Cartas de Relación* (4ª carta), México, Ed. Nacional, 1974.
- Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México, Porrúa, 1976.
- Elvas, Fidalgo de, *Expedición de Hernando de Soto a Florida*, Buenos Aires, Espasa Calpe (Austral), 1946.
- Gallegos Rocafull, José M., *El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII*, México, UNAM, 1974.
- López de Gómara, Francisco, *Hispania Victrix*, vol. 1, Barcelona, Ed. Iberia, 1985.
- Lummis, Carlos F., *Los exploradores españoles del siglo XVI. Vindicación de la acción colonizadora española en América*, Buenos Aires, Espasa Calpe (Austral, 514), 1945.
- Martínez, José Luis, *Documentos cortesianos*, México, FCE/UNAM, vol. I, secciones I a III, 1993.
- Massinham, H. J., *La Edad de Oro. Historia de la naturaleza humana*, Buenos Aires, Espasa Calpe (Austral), 1952.
- Mathes, W. Michael, *Sebastián Vizcaíno y la expansión española en el océano Pacífico. 1580-1630*, México, UNAM, 1973.
- Menéndez Pidal, Ramón, "Cervantes y el ideal caballeresco", en *Miscelánea histórico literaria*, Buenos Aires, Espasa Calpe (Austral, 110), 1952.
- Morán Álvarez, Julio César, *El pensamiento de Vasco de Quiroga: génesis y trascendencia*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1990.
- Moro, Tomás, *Utopía*, México, Porrúa (Sepan Cuántos..., 282), 1975.
- Muñoz de San Pedro, Miguel (conde de Canilleros), "Introducción" a Fidalgo de Elvas, *Expedición de Hernando de Soto a la Florida*, Madrid, Espasa Calpe (Austral, 1099), 1965.
- Ortega y Medina, Juan A., *Imagología del bueno y del mal salvaje*, México, UNAM, 1987.
- Ricard, Robert, *La conquista espiritual de México*, México, FCE, 1986.
- Río, Ignacio del, *A la diestra mano de las Indias*, México, Gobierno del Estado de Baja California Sur, 1985.
- Riquer, Martín de, *Aproximación al Quijote*, Navarra, Salvat (Biblioteca Básica Salvat, 19), 1971.
- _____, "Introducción a la lectura del Quijote", en Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Labor, 1973.
- Samosata, Luciano de, "Las fiestas de Cronos (Las Saturnales)", en *Novelas cortas y cuentos dialogados*, México, Jus (Clásicos Universales), 1966.
- Valle, José María del, *Bartolomé Colón*, Madrid, El Gran Capitán, 1946.